

BIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.

de se encuentran los centros en ó cerca de Jarkut. Los
cuantos países de estos estados circulares de rillas maderas para
esta casi deudas. La mayor parte de los insuertos están
familiares con los métodos de guerra egipcios por los que
fueron y conocen todos los caminos y veredas por las montañas.
Con el objeto de proteger las viviendas americanas sobre
tugas se envió un destacamento hacia Chantama para dar
la alarma en caso de que las tropas españolas intentasen dar
empreses ó atacar una unión de las tropas de Jarkut con
las tropas del General Escario.



CAPITULO XIII.

La escuadra de Cámara en Oriente.—Dificultades para continuar su ruta hacia
Filipinas.—Los americanos en Santiago.—Su ataque á la ciudad.—Epiac
defensa de los españoles.—Batallas de Caney San Juan y Canosa.—Relato de
un testigo presencial.—Destrucción de la escuadra de Cervera.—Narración
del Capitán Evans del Iowa.

Cablegramas fechados en Port Said, Egipto, el 30 de
Junio comunicaron que la poderosa escuadra españo-
la enviada para socorrer á los esforzados defensores de
Manila y mandada por el Almirante Cámara, se en-
contraba anclada en aquel puerto, en espera de proveerse de
carbón y obtener el permiso necesario de la Compañía del Ca-
nal de Suez para atravesar este canal y navegar hacia el punto
de su destino. Así era en efecto.

El Gobierno egipcio, sujeto al protectorado inglés, notificó
al Almirante Cámara que la presencia de su escuadra en Port
Said, constituía una violación de las leyes sobre neutralidad, y
que en consecuencia los buques deberian hacerse á la mar Al
mismo tiempo se ordenó al Gobernador de Port Said, que es-
torbase el apovisionamiento de carbón que hacía la flota, y
apremiase al Consul español para conseguir la salida de esta.

Circuló otra versión, relativa á que la flota de España no se
había podido proveer de carbón en Egipto, porque entre tanto
se negociaba el permiso del Gobierno para verificarlo, el Con-
sul americano en Port Srid había comprado 22,000 toneladas
del combustible que había en el puerto y constituían la total
existencia del artículo. Se añadía que los Estados Unidos po-
drían aprovechar este carbón para remitirlo al Comodoro Dewey
á Filipinas, lo mismo que para conservar una parte, en previ-
sión de que lo necesitase la escuadra de Watson ó cualquiera
buque americano.

Fuese cual fuera la causa, el Almirante español Cámara luchaba con inmensas dificultades en sus travesía, y frente á Port Said, llegó á resolver el abandono de sus torpederos, para que regresaran á Europa y continuar hácia Manila con su escuadra muy debilitada. La siguiente nota oficial trasmitida del Cairo el mismo día puede dar idea de lo crítico de la situación. Dice así:

«Los buques de guerra españoles que comprenden la escuadra del Almirante Cámara están transbordando el carbón traído por los transportes españoles. El Gobierno ha notificado que no puede permitir semejante operación y debe suspenderse inmediatamente. Al mismo tiempo ha notificado al Almirante que deberá abandonar Port Said, pues el límite de 24 horas ya se ha excedido considerablemente.

Por contestación á la notificación, los españoles dijeron que sus buques necesitaban repararse y comenzaron á descargar el carbón tomado á bordo con objeto de hacer las reparaciones.»

El 10 de Julio los buques del Almirante Cámara se habían retirado del Puerto y entrado en el canal de San Francisco para recibir carbón de los barcos españoles «Colón» y «Covadonga», entrados la víspera en el Canal de Suez. La operación del transborde de combustible duró todo el día siguiente.

Entretanto los acontecimientos en Cuba tomaban mayor importancia cada día, preparando la primera acción que sería decisiva en el éxito de la guerra. Desde el 29 de Junio el General Shafter Comandante de la poderosa expedición americana desembarcada en Santiago avanzó al frente de una pequeña escolta hasta Caney, Ciudad de poquísima importancia situada al Noroeste de Santiago. El cuartel general fué establecido en el campo no lejos de allí, y principiaron las disposiciones para el combate haciendo adelantar los cañones de sitio á la vanguardia. Bien pronto la línea americana quedó extendida desde frente á Caney hasta frente á Santiago.

El 1º de Julio, avanzaron sobre Santiago los americanos, aliados con los insurrectos al mando de Calixto García. El General Kent dirigió el ataque sobre Aguadores en tanto que los Generales Lawton y Wheeler secundados por Calixto García y el resto de divisiones del ejército americano se arrojaban sobre Santiago. El combate fué terrible particularmente en Sevilla punto cercano á Aguadores. Los españoles se batían como leones sin desanimarse por la superioridad en el número, en las armas, en las posiciones y aprovisionamientos que sobre ellos tenían los americanos. La lucha comenzó por un ataque sobre Caney punto de patida del camino carretero que va á Santiago.

El estrago causado sobre las fuerzas del General Americano Kent, sobre los cuales concentraron su fuego los españoles fué

enorme siendo preciso que los reforzaran Lawton Wheeler y García, para que aquellos se vieran obligados á ceder el terreno defendiéndolo paso á paso.

Las fuerzas de mar, entre tanto, secundaban el combate denodadamente. Mientras el contra-Almirante Sampson arrasaba casi, con la superioridad de sus cañones y proyectiles colosales, las baterías que acababan de ser reconstruidas en el puerto, la flota del Almirante español Cervera lanzaba una lluvia de metralla sobre las tropas americanas. Al anoecer el Gobierno de Washington era informado de que los españoles cedían sus posiciones después de batallar el día entero reñidamente sufriendo más de mil bajas el ejército americano. El «Vesubius» disparando con dinamita, produjo el pánico entre los habitantes de Santiago.

He aquí el parte oficial del General Shafter:

«He tenido recio combate hoy el que duró desde las 8 a. m. hasta el obscurecer.

Hemos ocupado las trincheras exteriores del enemigo. No hay más de tres cuartos de milla de distancia entre mis líneas y la ciudad.

La división del General Lawton y la Brigada del General Bates, han estado combatiendo todo el día y á las cuatro de la tarde tomaron Caney.

Durante la noche estarán en marcha y avanzarán sobre Santiago.

Al amanecer nuestras tropas serán atrincheradas allí y considerablemente reforzadas.

La batalla se continuará probablemente mañana al amanecer.

Las pérdidas americanas son considerables. Algunos las calculan en 1000 entre muertos y heridos.» [firmado] Shafter.

Con diferencia de pormenores el Gobierno de Madrid fué informado de la batalla el mismo día, confirmando la fatal noticia de haber sido rechazados los defensores de la Isla. En cuanto al número de bajas sufridas por los españoles se hacía llegar á dos mil entre muertos y heridos, pero se aclaró después que esta cifra era exagerada en una tercera parte á lo menos.

El 2 de Julio se reanudó el combate con mayor ardimiento, y continuó el día entero. Todavía sin que se tuviera noticia en Washington del resultado, se recibió un mensaje del General Shafter pidiendo al gobierno con toda urgencia que enviase un gran refuerzo de médicos militares. Esta solicitud obsequiada inmediatamente con el envío del buque hospital que llevaba muchos cirujanos y aun tenía órdenes de recojer otros en Fuerte Monroe, despertó la mayor ansiedad en toda la Unión Americana, por calcularse el número de víctimas habidas en aquellos dos días de incesante batallar.

El ejército americano combatió con firmeza con el propósito de apoderarse de las posiciones españolas interiores.

La batería del Capitán Grimes bombardó durante una hora uno de los suburbios de la ciudad. La caballería de la división del General Summer y la división del General Kent, avanzaron sobre la batería de San Juan al medio día, posesionándose de ella antes de la puesta del sol. La división del General Lewetón y la batería del Capitán Caprons desalojaron á los españoles de Caney.

Los regimientos 6° y 16° atacaron las trincheras del lado Este y después de reñida lucha, tuvieron que ceder los españoles, quienes se batieron en retirada hacia Santiago.

La batería del Capitán Parckhurst situada sobre una loma bombardeó la parte del Este de la ciudad de Santiago. Las líneas de defensa españolas por ese lado quedaron completamente destruidas. Los españoles pelearon valientemente.

El parte del combate dirigido al Gobierno de Madrid, fué concebido en los términos siguientes:

«El ejército del General Shafter compuesto de 17,000 hombres de infantería y 82 cañones de sitio de varios calibres atacó las posiciones españolas frente á Santiago, ayudado por 600 rebeldes al mando de Calixto García.

Los españoles apenas contaban 6,000 hombres, la mayor parte voluntarios. Nuestras tropas pelearon con heroico valor. La retirada se hizo en perfecto orden. Nuestras pérdidas son considerables. Las del enemigo son enormes. La lista de nuestros heridos incluye al General Linares, Coronel Ordóñez y Mayores Azaraz y Onega.

El ataque de los americanos sobre Caney fué severo. La posición estaba defendida por el General Vara del Rey con 500 hombres. Al principio fué rechazado el enemigo, pero renovó su ataque.»

Un despacho posterior dice: Los americanos peleaban de continuo. Los españoles se defendieron heroicamente. Nuestros heridos son numerosos é incluyen al General Vara del Rey y al Mayor Domínguez.

La lucha se hace difícil, 2,000 españoles tienen que hacer frente á 25,000 hombres del enemigo.»

El triunfo de los americanos en Santiago no estaba aun asegurado, sin embargo. Su posición no era tan ventajosa como la de los españoles, y de haber continuado el sitio en estas condiciones, es probable que el ejército americano habría tenido que reembarcarse antes de que le llegaran refuerzos. Pero la fortuna que en todo le fué contraria á la noble España durante esta gue-

rra, preparó las cosas de otro modo, como veremos adelante. Por ahora reproducimos el siguiente informe del General Shafter que prueba la verdad de esta aseveración.

«Playa del Este, Junio 3.—Al Ministro de la Guerra, Washington.—Nuestras tropas rodean la ciudad de Santiago por el Norte y Este, aunque nuestra línea es débil. Al acercarnos á la ciudad hemos encontrado que las defensas son tan poderosas que me será imposible tomar la población por asalto con mis fuerzas actuales. Nuestras bajas hasta hoy pueden ascender á mil; pero aun no llegamos al fin. Poca enfermedad, fuera de insolación debido al extremado calor y las fatigas de la batalla, existe entre las tropas. El General Wheeler está gravemente enfermo y hoy será conducido al hospital. El General Young también se encuentra enfermo en cama. El General Hawckins está ligeramente herido en un pie. La conducta y espíritu de nuestras tropas son magníficos.—(Firmado) SHAFTER.»

II

Veamos ahora lo que pasaba en el campamento español.

Las trincheras americanas se habían construido durante los 1° 2 y 3 de Julio en el punto llamado el Portillo de Caney; esta operación que para los españoles hubiera sido laboriosísima por encontrarse agotados por la falta de alimentos resultó fácil para los americanos que poseían unos aparatos, especie de arados, con los cuales rápida y cómodamente removían la tierra.

En los tres días se libraron combates aunque de corta duración.

El coronel español Aldea, ocupaba con algunas fuerzas las trincheras más avanzadas.

El día 2 pidió el enemigo parlamento.

Los parlamentarios, dos ó tres oficiales, se avistaron primeramente con Aldea. Pedían que fuese enviado á Santiago de Cuba un oficial español conduciendo unos pliegos. Comenzó á gestionarse ya entonces, por lo visto, la capitulación. Los pliegos fueron enviados, pero como no obstante eso continuasen en el campamento americano los trabajos de fortificación y no cesase contra nuestra tropas un nutrido tiroteo, el teniente coronel de caballería Pascual Herrera Orzaiz, que defendía la segunda línea de defensas del Portillo, dió cuenta de tan incomprensible hecho al coronel Aldea.

Le ordenó éste que fuera sin pérdida de tiempo á conferenciar con el jefe de Estado Mayor de las tropas americanas. Así lo hizo el señor Herrera.

—Me sorprende y me extraña—le dijo—que habiendo cesado el fuego en las líneas españolas en virtud del parlamento por vos pedido, continúen vuestras tropas no solo dedicándose á los trabajos de fortificación, lo cual es quebrantar cuanto las leyes militares ordenan, sino tambien haciendo fuego.

El jefe americano mandó se suspendiesen aquellos trabajos así como que cesasen los disparos.

Los referidos pliegos del ejército americano los recogió un oficial español y los llevó á su destino. Estaban dirigidos al general Toral, que ya entonces asumía el mando de general en jefe de la provincia.

El día 3 á las cuatro y media de la mañana, rompió el enemigo un nutrido fuego sobre las trincheras españolas en extensión considerable; contestaron aquellas tropas con igual energía. El Portillo fué valientemente defendido. La artillería de que disponían los españoles en el Portillo de Caney la formaban ocho cañones, dos de tiro rápido y seis antiguos de los llamados *de plaza*. En los tres días citados se hicieron con ellos más de 300 disparos.

Los jefes americanos pidieron de nuevo parlamento al general Toral y un nuevo pliego le fue enviado. Aunque la suspensión de las hostilidades duró hasta el día 10 los americanos continuaban haciendo fortificaciones y cuando terminó el armisticio ya habían colocado hasta 60 cañones.

El memorable combate de Caney tuvo lugar el mismo día que se verificó la batalla de Santiago.

Un testigo presencial español lo refiere de esta manera:

“Fué uno de los combates en que mayor heroismo demostraron nuestras tropas.

El día 10 de Julio á las 6 de la mañana comenzaron el ataque al pueblo las fuerzas yanquis. Consistían éstas en dos columnas perfectamente armadas y equipadas. Nuestras fuerzas, mandadas por el heróico general señor Vara del Rey, no pasaban de 453 hombres, que formaban 3 compañías del batallón de la Constitución y algunas guerrillas. Ni un solo cañón había en el poblado.

Los yanquis en cambio tenían numerosas piezas de artillería y disponían también de caballería.

Roto el fuego con verdadero encarnizamiento por ambas partes largo rato permaneció indeciso el resultado. Sufrimos dolorosas bajas, pero los yanquis las tenían también considerables.

Era comandante militar de Caney el capitán de la guardia civil D. Manuel Romero Villegas.

El mismo día 10 comenzado ya el combate, se ofreció á ir desde Santiago á desempeñar dicho cargo.

—En buen momento llega usted,—le digo Vara del Rey.

—Vengo voluntario, mi general—contestó.—Hay que estar á lo bueno y á lo malo.

Era Caney para el ejército yanqui posicion importantísima, un punto avanzado que convenía ocupar, arrasar, hacer desaparecer, á fin de poder avanzar sobre Santiago de Cuba.

De ahí los desesperados esfuerzos que para defenderlo hacían nuestras tropas y el empeño del enemigo en lanzarlas de allí.

El general Vara del Rey, jefe de las fuerzas, fué herido en las dos piernas mientras practicaba un reconocimiento en persona, por nuestras filas.

Prosiguió la lucha en el Caney encarnizadísima.

Hubo rasgos de valor para nuestros soldados, muy grandes. Sin embargo, hubo que ceder ante el peso abrumador de tantos miles y de tan continuado y nutrido fuego.

A las cuatro de la tarde, cuando los 453 hombres habían quedado tan mermados en número que sólo una tercera parte existían, se dispuso la retirada.

Por el camino del Cristo se dirigieron unos cuantos supervivientes con dirección á Santiago de Cuba. Iba á su frente el coronel señor Puñet.

El resto de las destrozadas fuerzas marchó por el camino de Cuevitas.

Por allí iban también para Santiago los camilleros que conducían vivo aun entonces, pues sólo estaba herido en las piernas, al general Vara del Rey. Era una tristísima comitiva. Detras de las camillas seguían unos 50 ó 60 soldados heridos, llenos de sudor y de polvo, manando sangre las heridas recién recibidas. Unos caminaban á pie, otros á caballo, en acémilas, etc. y muy pocos pudieron llegar á Santiago.

Los yanquis, al ver desfilar á aquellos infelices no se movieron á compasión, sino que lanzaron sobre ellos infinidad de proyectiles.

Muchos cayeron muertos y algunos pocos, que no recibieron lesión alguna en el terrible combate anterior, fueron heridos entonces.

El comandante militar de Caney señor Romero Villegas, se retiró el último cuando vió que ya no le quedaba qué hacer allí, montó á caballo y partió al galope para Santiago, avanzó poco trecho; una bala de Maüser le atravesó de lado á lado, penetrándole por un homóplato. Dos balas mataron á su caballo y éste y su ginete rodaron por el suelo.

Acudieron algunos soldados norteamericanos y un oficial, y el señor Romero fué reducido á prisión; le condujeron á un vivac del campamento de los yanquis y le curaron con la mayor solicitud y esmero dos médicos de ejército. Sólo le hicieron prisionero para poder curarlo.

En el mismo vivac á que fué llevado halló el señor Romero á 30 españoles heridos también en el recién terminado combate del Caney.

Figuraba entre ellos don Antonio Vara del Rey, hermano y ayudante del bravo general que acababa de fallecer. Poco le sobrevivió.

También estaba allí herido el encargado de la estación telegráfica del Caney señor Manzano, que se había batido con denuedo.

Fueron trasladados al siguiente día al Hospital de sangre que la Cruz Roja yanqui tenía establecido en la iglesia del Caney.

En la acción de este nombre fallecieron, además del general don Joaquín Vara del Rey, los comandantes don Rodrigo Agüero y don Rafael Aragón, el capitán don Antonio Vara de Rey y los tenientes don Eduardo Domínguez, también ayudante del general; don Alfredo Vara del Rey, sobrino de éste, don Pedro Fuentes, don Manuel Morales, don Antonio Rubio, don Segundo Llanes, don José Maquínez y don Enrique Casadaval.

Por su heroísmo merece especial recuerdo el factor del Caney señor Garay que combatió en primera línea y murió heroicamente. Recibió tres balazos.

Resultaron heridos de más ó ménos cuidado los capitanes don Manuel Romero Villegas, don Isidro Arias y don Baldomero Vigo, y los segundos tenientes don Inocencio Rojo, don Antonio Martínez, don Domingo Murillo, don Manuel Estévez, don Lorenzo Salinas y don Domingo Muñoz, éste último de las guerrillas volantes.

El médico militar don Angel Rodríguez fué también herido cuando se dedicaba á practicar la curación de un soldado en el mismo campo de batalla.

El testigo presencial prosigue así su narración:

Los yanquis también tuvieron pérdidas importantes: confesaron ellos mismos haber tenido más de 1,500 bajas entre muertos y heridos.

Nuestras tropas gastaron en el combate del Caney, que como dejo dicho duró 10 horas, 80.000 cartuchos Mauser y Remington.

En el hospital de sangre de la Cruz Roja, permanecieron los heridos españoles hasta el día 5 de Julio.

El enemigo había tenido muchas bajas en el Caney y el ataque á Santiago de Cuba, realizados ambos en un mismo día, y necesitaba de todos los médicos; resolvióse por esto á enviar nuestros heridos á Santiago de Cuba, para que allí fuesen cuidados, fué un acto de humanidad que mucho agradecieron los pobres enfermos.

El general yanqui envió un oficial á participar al general gobernador de Santiago si quería recogerlos, se le contestó afirmativamente y el traslado se verificó.

Fueron llevados los heridos á nuestro campo en carros facilitados por los yanquis; estos carros eran unas amplias, cómodas y excelentes ambulancias arrastradas por poderosos caballos percherones.

Entregados los heridos á las autoridades españolas los yanquis se retiraron.

No había en el Caney ni en las inmediaciones de Santiago alambradas para dificultar el paso. Se habían en un principio colocado contra los insurrectos cubanos, pero se las hizo desaparecer por inútiles al desembarcar los yanquis, para poder construir trincheras.

Fué el combate del Caney uno de los más sañudos de la guerra.

Un detalle: defendió aquel punto el batallón de la Constitución, núm. 29, y fué tal su heroísmo que los soldados yanquis, terminado el ataque, disputábanse comprar los números de metal dorado, distintivo de dicho cuerpo, que los individuos del mismo llevaban en las solapas de las blusas ó chaquetas de rayadillo.

—¡Oh, Constitución! ¡Oh, Caney!—exclamaban—*esto ser recuerdo*

Allí tuvieron los norteamericanos muchas bajas: hubo batallón que quedó reducido á 12 hombres y un oficial; las nuestras fueron también muy dolorosas.

El Caney estaba defendido por 400 hombres, la división yanqui que atacaba el poblado se componía de más de 12.000 hombres.

En cuanto á la muerte del general Vara del Rey nos dijeron que recorría con una pequeña columna el día 1º todas las avanzadas, cuando en un encuentro fué herido en las dos piernas. Se retiraba con sus tropas é iba en una camilla después de haber sido curado, cuando los yanquis recrudecieron el ataque para cojerlos. Mataron á los camilleros que lo conducían y á un sobrino del general que era ayudante suyo é hirieron también gravemente al capitán ayudante, hermano del general y llamado don Antonio.

El bravo Vara del Rey recibió un balazo mas. El proyectil le penetró por un ojo.

Las fuerzas se retiraron como pudieron, y el cadáver, con otros muchos, quedó abandonado, lo recogieron los yanquis y le dieron sepultura en un camino.

Después, cuando supieron de quien se trataba, lo desenterraron y lo condujeron al Cementerio de Caney. Tributáronle los honores de ordenanza.

Tuvieron los yanquis en el ataque á Caney, muchísimas bajas.

No pueden convencerse de que había allí defendiendo el poblado 400 hombres nada más; creían que eran algunos miles.»

Circuló la noticia, creída todavía mucho tiempo después de la guerra, de que el General Pando al frente de 6000 hombres acudía en auxilio del General Linares, á marchas forzadas. Esto era inexacto.

Los esperados refuerzos salieron el 22 de junio de Manzanillo en medias brigadas, una mandada por el general Ruiz Rañoy y compuesta por los batallones de Puerto Rico y Alcántara, y la otra por Escario con el regimiento de Isabel la Católica y el batallón de Andalucía, alternando en ir á vanguardia y á retaguardia.

Al llegar á Bayamo se enteraron de que estaba ocupado por los insurrectos.

El General Rañoy se ofreció á tomar la población y después de haberse nombrado veinte hombres de cada batallón con este objeto, apoyado por 400 caballos y otras fuerzas de reserva dió el asalto con buen éxito. Los insurrectos apenas presentaron resistencia.

Las fuerzas españolas continuaron su marcha tomando desde Figuaní hasta Palma Soriano todas las posiciones de los insurrectos.

Sin embargo, cuando se pusieron á las órdenes de Toral estos refuerzos puede decirse que ya era tarde: las negociaciones para la capitulación estaban casi terminadas.

Las fuerzas que defendían á Santiago cuando el General Vara del Rey fué muerto sólo eran 3.000 hombres.

Posteriormente llegó el coronel Aldea con 1.000 soldados, Escario con 5.000 y Ruiz Rañoy con 2.000.

Se reconcentraron además allí otros 2.000 y pico de soldados que guarnecían los fuertes de los alrededores.

Había un total de unos 11.000 hombres.

III.

El relato de un testigo presencial que tomó parte en la batalla, en el ejército español, continúa de esta manera, hablando de los combates de San Juan y Canosa:

«Estos dos combates fueron verdaderamente terribles.

Sólo puede compararse la defensa heroica que de las trincheras situadas en las lomas de San Juan y Canosa hicieron un puñado de valientes, con la que del poblado de Caney llevaron á cabo con un coraje y un denuedo que asombraron al enemigo, otros cuantos valerosos soldados.

Como ya llevo dicho, ambos importantes combates, los principales que en la campaña hubo, ocurrieron en un mismo día.

Divididos los norteamericanos en dos numerosas divisiones, atacaron simultáneamente, en compactas masas, con tropas de refresco y abundante artillería al Caney y á las trincheras de San Juan.

Estas dominaban á Santiago y constituían con las del fuerte de Canosa su principal ó mejor aún, su única defensa.

Roto el fuego á las seis de la mañana en Caney se corrió á San Juan.

A las diez de la mañana comenzó aquí el ataque.

Sólo había emplazadas en estas trincheras dos piezas de montaña, de tiro rápido.

Estaban allí Ordóñez y el general Linares con su ayudante señor Arraiz y defendían las trincheras la tercera compañía de Puerto Rico, la segunda de Talavera y 18 caballos de este último cuerpo.

Comenzó el ataque.

Por una parte y por otra se hacía un fuego horroroso. Los yanquis avanzaban casi á paso ligero, baja la cabeza y con el fusil preparado, los que iban á vanguardia disparaban; los demás adelantaban sin soltar un tiro, apresuradamente dando estentóreos ¡hurras!

Les hacen nuestros soldados la justicia de reconocer que se batieron entonces como unos valientes.

La defensa de la trinchera fué heroica. El fuego de fusilería era nutridísimo, incesante, pero no bastaba sin embargo á contener la violenta é impetuosa arremetida de los norteamericanos estuvieron éstos á raya sin poder avanzar un paso, revolviéndose inútilmente y sufriendo no pocas bajas merced á los certeros disparos que con las dos piezas de montaña se les hacían.

Dirigía personalmente el fuego en estas baterías el coronel Ordóñez.

Tenían los yanquis entonces, admirablemente situadas, seis piezas rodadas de 12 y hacían con ellas mortífero fuego, su deseo era desmontar nuestros dos cañones, mas no lo consiguieron; mataron, sin embargo, al capitán y á los dos oficiales que allí estaban, quienes cayeron al pié de los cañones sin dejar de excitar á los soldados y de repetir aún en el estertor de la agonía:

—¡Fuego! ¡Fuego!

Desgraciadamente los cañones calleron, las dificultades que los yanquis tenían para avanzar fueron menores. Se habían acabado las municiones de las dos bocas de fuego, que quedaron ya inútiles.

Ocurrió esto á las tres de la tarde.